

LA INDIVIDUALIZACIÓN

por Francisco-Manuel Nácher

Hace mucho tiempo que me rondaba por al cabeza una pregunta que me martirizaba porque no le había encontrado respuesta, y era ésta:

Si todos nacimos a la vez y éramos todos chispas divinas idénticas a la hora de nacer en la hoguera divina, ¿cómo hemos podido llegar a una tan gran diferenciación y ser tan distintos unos de otros, hasta el punto de que no hay dos hombres iguales?

Últimamente, esta pregunta me volvió a martirizar. Pero, como me había ocurrido siempre, no me atreví a acometerla mediante una meditación por miedo a no encontrarle la respuesta. Lo cual significaba una notable falta de confianza en mí mismo.

Sin embargo, la respuesta estuvo siempre ante mis ojos, pero no la veía. Y, como no la veía, se me hizo patente el domingo pasado de un modo muy ilustrativo. La cosa ocurrió así:

Como cada domingo, para asistir a los Servicios Devocionales de mi Centro Rosacruz en Madrid, fui en mi coche a la estación, lo aparqué y me dirigí a ella.

En la estación, para acceder al andén, hay que poseer, como es lógico, un ticket o un abono. E introducirlo en la ranura de una de las cinco máquinas de control que allí hay colocadas. Al introducir mi billete, la máquina me lo escupió inmediatamente. Lo volví a introducir y me lo volvió a expulsar. Entonces lo introduje en la máquina siguiente, que lo retuvo un momento, para expulsarlo también; la tercera repitió el proceso pero antes me hizo creer, durante un rato, que se lo quedaba, para terminar devolviéndomelo; y, por fin, la cuarta admitió mi ticket sin problemas.

Esto ya me había sucedido algunas veces antes, pero no le había dado importancia puesto que siempre se resolvió en alguna otra de las cinco máquinas controladoras de la estación.

Pero el domingo pasado tenía aún flotando en mi mente la pregunta sobre la individualización, así que la relacioné enseguida con lo sucedido con los billetes y las máquinas y...la solución vino sola en esta serie hilvanada de hechos:

- Las máquinas son simple materia física con alguna ayuda de vibraciones eléctricas y magnéticas que pertenecen al plano etérico. Pero no poseen ni cuerpo de deseos ni, menos aún, mente de ningún tipo.

- Todas las máquinas, cuando nacieron, eran iguales y es de suponer que, al principio de su actividad, reaccionaran todas igual, pues todas estaban constituidas por las mismas piezas de los mismos materiales, funcionando del mismo modo y haciendo el mismo trabajo.

- Sin embargo, desde su nacimiento habían cambiado, ya no actuaban todas

igual. Es decir que, ante el mismo estímulo, cada una reaccionaba de manera distinta.

- ¿Cuándo empezaron a diferenciarse? Seguramente cuando una mota de polvo de un ticket o una caída de tensión eléctrica en una décima de segundo determinada o un ticket defectuoso hicieron que se alterase su manera de reaccionar.

- Y, desde aquel instante, ya fueron distintas y siguieron caminos distintos, es decir, produjeron efectos distintos en los varios viajeros cuyos billetes controlaron. Y unos viajeros se enfadaron, otros desistieron y compraron un ticket nuevo, otros, como yo, insistieron hasta ser aceptados o, incluso, alguno perdió su tren, con todas las consecuencias de ello derivadas, a causa de la no admisión de sus tickets. O sea, que en cuanto empezaron a actuar saliéndose de las normas, todas iguales, para las que fueron creadas, empezaron a crearse un karma individual.

Ahí estaba, pues, la respuesta: si unas máquinas, compuestas exclusivamente de materia física, todas con el mismo arquetipo inicial en todos los sentidos, y sin dejar de ser simple materia física, se habían diferenciado tan pronto y actuaban de modo distinto frente al mismo estímulo, ¿qué hubiera ocurrido si hubiesen adquirido un cuerpo de deseos individual y una mente propia y eso hubiera ocurrido a lo largo de millones de años?

Y es que, si nos centramos en un asunto, siempre nos llega la solución del problema. Sea el que sea.